

cilmente se hallará en las mismas circunstancias el que quiera utilizarlos de nuevo. El arte de la elocuencia y la práctica de los grandes oradores cristianos se compendian en estas palabras de Fray Luis de Granada, cuando, aconsejando al predicador que predique sus propias concepciones, dice: «Las cosas que son nuestras las tratamos con más eficacia y valentía, como armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo (1).»

«Sólo por los medios que dejamos indicados, diremos con Capmany, se adquiere aquella discreción y acierto en la elección de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la solidez y eficacia de las razones y en el movimiento de los afectos que caracterizan á los grandes oradores y literatos.»

(1) *Retór. ecles.*, lib. VII, cap. II.

TERCERA PARTE

DE LAS VARIAS ESPECIES DE ELOCUENCIA SAGRADA

DEL DISCURSO SAGRADO

I

Idea y carácter del estilo sagrado.

La elocuencia sagrada, como ya tenemos indicado, consiste esencialmente en predicar á los hombres la palabra divina.

Los SS. Padres compararon la predicación del Evangelio á una especie de segunda encarnación. Así, decía Orígenes (1): *Panis, quem Deus verbum suum esse fatetur, verbum est nutritorium animarum*, y Tertuliano (2) expresa el mismo pensamiento, lo cual explica Audizio diciendo: «El verbo se encarna tantas veces en los labios del sacerdote cuantas anuncia éste su Evangelio.»

De estas palabras claramente se desprende que no hay una idea más grandiosa y una instrucción más bella é importante que la de reunir á los hombres en el templo para recordarles y persuadirles sus deberes, es-

(1) *Hom. 35 in Math.*

(2) *De Resurrec. Carnis*, 37.

tableciendo relaciones entre la religión y la conciencia, la impunidad, el vicio, etc. Con razón, pues, ha podido decir Maury, después de trazar con brillantes colores el magnífico cuadro que ofrece á la imaginación el ministerio de la palabra divina: que si no existiera ese método de instrucción en el cristianismo, debería inventarse para bien de los hombres (1).

No se puede menos de reconocer que la elocuencia sagrada es la más poética, la más sublime; su objeto principal es Dios, fuente de toda verdad y de toda belleza: habla de las maravillas de la creación y de las grandezas y miserias del alma humana. Aunque la razón, apoyada en la fe, debe constituir su fundamento, no disputa si no se le precisa, porque habla en nombre del cielo y se dirige á un pueblo de creyentes: anuncia sencillamente las verdades de la religión, dejando ordinariamente para las cátedras de teología las cuestiones arduas que en el púlpito, además de ininteligibles, serían en extremo enojosas.

La elocuencia sagrada se manifiesta bajo formas muy diversas; lleva á los pueblos salvajes las primeras semillas de la civilización, y en este caso tiene un carácter eminentemente popular: tal es la elocuencia de los misioneros. Otras veces en la sencilla aldea, habla á un pueblo ignorante, pero dulcificado por los más puros sentimientos religiosos. Otras veces en las ciudades populosas, ante un auditorio formado de los hombres más ilustrados y virtuosos, al par que de los más incrédulos y corrompidos, pinta los desastrosos efectos de las pasiones; la vanidad de la falsa ciencia; la nada de este mundo; levanta el espíritu hasta las celestes moradas de lo infinito; sostiene al desgraciado con la esperanza del eterno premio y aterra al criminal soberbio con la seguridad de terribles y perdurables penas. En los dos

(1) *Ensayo sobre la elocuencia del púlpito.*

primeros casos basta la elocuencia natural, la elocuencia enérgica y poderosa, que difunde la firmeza de la fe y el ardiente fuego de la caridad; pero no requiere esmerada forma literaria; en el último es indispensable, además de la ciencia, el arte (1).

El discurso sagrado debe ser *grave*, pues así lo exigen la dignidad del asunto, la del lugar y la de la persona del orador; pero no frío ni monótono: *culto y elegante*, pero sin afectación, sin ostentación de ninguna especie; porque sería altamente reprehensible en el predicador la menor sombra de arrogancia ó de mundana vanagloria; *sencillo*, pero no desaliñado; *claro* ó acomodado á la inteligencia de la generalidad de las personas. *Volumus non solum intelligenter verum etiam libenter audiri... illa eloquentia apud eloquentem ecclesiasticum, nec inornata relinquitur, nec indecenter ornatur*, como dice San Agustín (1).

Pero lo que más distingue á la oratoria sagrada, es la suavidad de afectos, la penetrante *unción*, la ardiente caridad evangélica que la embellecen y animan. El orador sagrado no *irritará* jamás las pasiones. Rarísimas veces sentará bien la *ironía* en los labios del predicador.

Debe evitarse en la oratoria sagrada todo lo que tenga un carácter *profano*. El argumento debe ser cristiano; el *estilo* enteramente bíblico, rehuendo las formas filosóficas y literarias que trae el viento de la moda.

La elocuencia sagrada, en fin, tanto por lo que respecta á la disposición general del discurso, como por lo tocante al estilo, ha consagrado ciertas formas que no conviene abolir, pues contribuyen á darle un carácter más elevado y augusto.

(1) Coll y Vehí, obra citada.

(1) San Agust: *De Doctr. christ.*, vi.

II

División de esta tercera parte.

La oratoria ha tomado de los griegos varios géneros de oraciones, tales como el *didascálico*, el *exhortativo* y el *panegírico*, que se adaptan con propiedad á la oratoria sagrada. Por esto, aunque la elocuencia sagrada es una y propiamente no consta de géneros, como se aplica á tan diversos asuntos, bien podremos dividir esta última parte en tres libros, que lleven sucesivamente por título los géneros anteriormente citados, comprendiendo en ellos las varias especies que se conocen de elocuencia sagrada.

Pocos discursos, es cierto, pueden referirse exclusivamente á un género determinado, mas no por esto dejan de estar perfectamente deslindados el fin y la materia de cada uno de dichos géneros (1).

(1) Sucede con los géneros de elocuencia lo mismo que con los temperamentos, que pocas veces dejan de hallarse mezclados, aunque sea uno el que predomine sobre todos.

LIBRO PRIMERO

Del género didascálico.

CAPÍTULO PRIMERO

CARÁCTER DEL GÉNERO DIDASCÁLICO

Es propio de este género explicar y confirmar la doctrina cristiana en todo lo que se refiere á los dogmas de la fe y á los preceptos de la moral, y aunque su objeto se dirige á instruir, ha de ser de tal modo, que, no sólo confirme la verdad, sino que también agrade, mueva y persuada.

Pero lo que más principalmente exige este género, es que se revele claramente la propia fuerza y el celestial vigor de la doctrina católica. No basta para ello la sabiduría: el orador puede ser un sabio, sin que ese celestial vigor aparezca. Se necesita que eleve su espíritu á Dios, que medite en su divina presencia. Tened el espíritu de Dios y seréis elocuentes, dice el P. Ravignan.

Se ha de evitar en este género de discursos que tengan semejanza con las disputas teológicas; que del dogma se pase á ventilar opiniones de escuela, ó que desnudado el discurso del conveniente ornato, se convierta en árida disertación.

En las materias morales se ha de procurar que resalte la conformidad de la doctrina con el dogma, porque

la moral no es independiente de la fe, antes bien, aquella recibe de ésta la vida, como las ramas del árbol la reciben de su tronco. Leyendo atentamente las epístolas canónicas, se ve cómo los Apóstoles mezclaron en sus instrucciones la enseñanza de la fe y la doctrina de las costumbres; y los SS. Padres se ocuparon también de una cosa y otra, aunque insistieron mucho más en la doctrina dogmática.

La línea del combate se extiende hoy más que en otros tiempos, y los errores tienen un carácter trascendental. De manera que el sostenedor de la doctrina católica usará de sus armas, defendiendo en una verdad muchas verdades, atacando en la herejía del siglo presente muchas herejías. No debe, sin embargo, decirse siempre abiertamente lo que se trata de probar, sino que conviene disimular el plan bajo una forma que permita de un modo hábil y natural la exposición de todas las pruebas. Los oyentes á quienes el orador se dirige, ó son almas sencillas y llenas de candor, y en este caso se podrían escandalizar al oír que había que defender cosas que se tenían por indudables, ó son personas que no creen, y en este segundo caso todo ataque de frente contra el error previene los ánimos, los hace recelosos, y temiéndolo la humillación de ser vencidos, obliga á los incrédulos á abandonar el templo antes de oír al orador. Por esta razón, sin duda San Francisco de Sales, cuyo juicio en esta materia es decisivo, afirma que nunca le salieron bien esos ataques directos.

En los discursos de este género es donde puede tener lugar la controversia, medio eficaz de hacer triunfar la religión. El mismo Salvador nos ha dejado un ejemplo de esta especie de discursos (1), conducta que después siguieron los SS. Padres (2).

(1) Math., xxii, 31.

(2) S. Juan Crisóst. en sus Hom. contra los anomeos y judíos.

De uno ú otro modo, la predicación de controversia ha existido siempre; la controversia ha seguido al error en sus distintas evoluciones. Por esto ha dicho en el púlpito el P. Félix: «Supuesto que el protestantismo tiene por fundamento capital la libre discusión, ha de permitirnos que discutamos libremente su suficiencia religiosa en relación con el progreso de los pueblos.»

Se comprenden en este género de elocuencia el *catecismo*, la *plática doctrinal*, los *sermones dogmáticos y de misterio* y la *conferencia*.

CAPÍTULO II

DEL CATECISMO

I

Idea del catecismo.

La palabra catecismo viene de dos voces griegas, Kata ekon, ó sea *secundum sonum*, que significan instrucción de *viva voz*. En la primitiva Iglesia regía la disciplina del arcano respecto á las instrucciones de los sacramentos y misterios, para que no cayesen en manos de los paganos y pudiesen ser adulterados. En virtud de esta severa ley, la doctrina cristiana apenas se transmitía más que por la tradición oral. De aquí proviene el nombre que se ha dado al catecismo ó catequesis. El catecismo es, por lo tanto, una instrucción familiar sobre los elementos de la doctrina cristiana, la cual, por lo común, se hace en forma de diálogo entre el catequista y sus oyentes.

No se crea que el catecismo es extraño á la elocuencia, antes bien, ninguna predicación le es comparable, porque en ella hay que armonizar la sublimidad de la doctrina con la sencillez de la forma, y la explicación más clara unida á la más rigurosa exactitud.

Esta ocupación hacía las delicias del Santo Obispo de Ginebra, del gran Belarmino, del doctísimo Gerson y de otros luminosos astros del cristianismo, bien capaces por cierto de confundir á los que creyesen re-

bajarse imprimiendo las verdades cristianas en el alma de los niños que son los hombres del porvenir.

Es evidente que no hay predicación de más importancia para la moral y la sociedad que la que nos ocupa. La experiencia de todos los días nos manifiesta cuál se conservan en el ánimo las primeras impresiones, y cómo siendo estas buenas dan con el tiempo abundantes y sazonados frutos. Y así como en la infancia nos alimentamos de la leche para prepararnos á los manjares más fuertes de la adolescencia y de la juventud, de la misma manera con la leche del catecismo se preparan los entendimientos de los niños á recibir los alimentos más sólidos y nutritivos de la más elevada predicación.

II

Condiciones y método de la instrucción catequista.

El catequista deberá abstenerse de cuestiones sutiles ó de pura curiosidad, cuyo conocimiento importa poco á los niños, y de las objeciones contra la religión, á menos que sean vulgares y conocidas de todos, limitándose á exponer la doctrina de la fe y las costumbres.

El asunto deberá exponerse con *brevedad, claridad, solidez, piedad y dulzura*, mezclando las instrucciones con *comparaciones, parábolas y ejemplos*.

Quintiliano dice que deben enseñarse pocas cosas á los niños si se quiere que las retengan (1). San Francisco de Sales añade que los niños son como las lámparas que se apagan cuando se les echa demasiado aceite. Por eso la instrucción del catecismo debe abrazar pocas ideas.

(1) Lib. 1, cap. III, *De Publicis scholis*.

La *brevedad* no debe perjudicar en lo más mínimo á la *claridad*, que es la segunda circunstancia que requiere la instrucción del catecismo, y ésta debe referirse á las ideas y á las expresiones.

Es indispensable la *claridad en las ideas*, porque se habla á niños de inteligencia aún no desarrollada, y que con frecuencia reciben escasísima instrucción de sus familias; así que es menester herir su imaginación de diversos modos á fin de que puedan comprender lo que se les dice. Y de aquí que se necesite la *claridad en la expresión*, huyendo de un lenguaje figurado, de giros oratorios, perífrasis, etc., y cuidar de repetir varias veces la pregunta y la respuesta para cerciorarse de que los niños la han comprendido bien.

A las anteriores circunstancias debe acompañar la *solidez*. Grave error sería creer que todo es bueno para los niños, y que importa poco que lo que se les dice sea rigurosamente verdadero, exacto y sólido; el catecismo es la palabra de Dios; por consiguiente, el sacerdote no puede permitirse nada que no sea verdadero y que no pueda sostenerse delante de las personas más sabias y más sensatas.

La *piEDAD* es una cualidad de que no puede prescindir el catequista, si ha de formar el corazón de los niños, que debe dirigirse á la vez que la inteligencia.

La *dulzura* es también muy necesaria, porque el único medio de lograr el fin es comenzar por ganar el corazón de los niños y hacerse amar de ellos.

Por último, hemos dicho que la enseñanza del catecismo debe estar mezclada con *comparaciones*, *parábolas*, *ejemplos* é *historias*, medios que contribuyen por una parte á cautivar la atención de los niños, y por otra á aclarar los conceptos que se les explican. Así lo hizo el divino Maestro al predicar su doctrina. Las *comparaciones* tomadas del estrecho círculo de ideas que ya tienen los niños ó de objetos sensibles que les llaman

la atención, son uno de los medios más seguros para hacerse comprender. El objeto tomado por punto de comparación excita su interés, habla á su imaginación, detiene la movilidad de su inteligencia, excita la curiosidad de sus cortos años, de suerte que cuando se llega á la aplicación, la sensación que se advierte en los semblantes de todos da á conocer su júbilo y sorpresa.

Dos son los métodos generales para enseñar las verdades de la fe: el uno que llamamos especulativo y el otro práctico. El primero consiste en anunciar desde luego las verdades que se quieren dar á conocer, explicarlas y desenvolverlas según la capacidad del que aprende. El segundo sienta los hechos y de ellos deduce la verdad. Supongamos que se tiene que enseñar á un niño la existencia de Dios. Según el primer método, se dará desde luego la definición, mientras que según el otro, el catequista empezará preguntando sirviéndose del siguiente ejemplo: «La Iglesia en que estamos, ¿se hizo á sí misma? No, sino el arquitecto; ¿luego el universo tampoco pudo formarse á sí mismo? Tampoco. ¿Y pudieron acaso formarlos los hombres? Imposible. ¿Pues quién lo crió? Dios.» He aquí una serie de hechos, que por un camino tan fácil como nuevo conducen al niño al conocimiento de la existencia de la Divinidad. Hágase en seguida lo mismo para explicar las palabras que entran en la definición de Dios. Y una vez terminado este análisis, fundado siempre en hechos sensibles y fáciles de comprender, únense las diferentes nociones que de ellos resulten, y los niños, no sólo formarán por sí mismos la definición de Dios, sino que la comprenderán mucho mejor y les quedará más hondamente en la memoria.

CAPITULO III

DE LA PLÁTICA DOCTRINAL

I

Idea y carácter de la plática.

Las plática es una instrucción sencilla y familiar sobre un punto de la doctrina cristiana.

No es necesario encabezar la plática con ningún texto, aunque puede ponerse, ni es menester bosquejar un exordio: bastará un ligero preámbulo indicando la materia. Tampoco hay necesidad de indicar y precisar las divisiones, sino que éstas deben resultar naturalmente de la marcha y exposición de las ideas.

Lo que caracteriza á la plática es una exposición clara y sencilla de la verdad, pruebas sólidas y fáciles de comprender: un estilo llano, natural y fluido; explicaciones y comparaciones familiares, pero sin trivialidad; detalles de costumbres y explicaciones prácticas que se dirigen directamente al objeto. Se termina la plática por una exhortación viva y apremiante, y se la resume en dos ó tres resoluciones especiales que deben ser el fruto del discurso.

La plática es la forma de instrucción que mejor se adapta á las necesidades del pueblo. Bien compuesta y no abandonada al desorden de una improvisación rápida, tendría siempre por resultado la santificación de las almas y la gloria de Dios. La plática, en fin, es

como el alimento distribuido á la grey para toda la semana, con el objeto de que aquélla la rumie y se vaya alimentando cada día. Pero el predicador no debe perder jamás de vista, que es cual la abeja que sólo saca de las flores aquello que, convertido en miel, ha de servir para alimento ó remedio de las almas, y que una de sus mayores glorias, la que más triunfos y bendiciones ha de proporcionarle, es saber exprimir la doctrina bebida en los libros y en las escuelas, y acomodarla á la capacidad vulgar, haciéndola más nutritiva y substancial.

II

Sinopsis de una plática doctrinal, sobre la asistencia frecuente á la misa.

Exordio.—La santa misa, á la vez que es un homenaje á Dios, es necesaria al cristiano, y si se mira con indiferencia, es porque no se comprende su valor.

Proposición.—Debemos oír la misa con frecuencia.

Narración.—Exposición de la doctrina de la Iglesia acerca de la institución, esencia y efectos de la santa misa.

Confirmación.—I. *Argumentos tomados de su excelencia é importancia.*

1.º En la misa se ofrece el mismo sacrificio que Jesucristo ofreció en la cruz, y se obra el gran milagro de convertir el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo.

2.º El sacrificio de la misa abraza todos los sacrificios de la antigua ley, como el de adoración, de acción de gracias, de misericordia y de perdón.

3.º Entre las obras que nos manda la Iglesia para santificar los días de fiesta, la asistencia á la misa la pone como absolutamente necesaria.

II. *Argumentos tomados de su conveniencia y facilidad en oirla.*

1.º Aunque se ofrece el sacrificio de la misa por todos los fieles, se ofrece de un modo particular por los presentes, y son ellos los que, en cierto modo, ofrecen con el sacerdote.

2.º La misa es compatible con cualquiera otro acto religioso, pues en ella se puede orar, meditar, pedir á Dios por nuestras necesidades y aplicarla en sufragio de los difuntos.

3.º Para asistir á la misa no hay necesidad de recorrer largas distancias, como les sucedía á muchos judíos para ir á sacrificar al templo de Jerusalén, pues nosotros, desde nuestras moradas, vemos el templo y oímos el toque de campanas.

Refutación.—Aunque no se manda oír todos los días la misa, tampoco se prohíbe; y al ponderar la Iglesia su importancia, y al colocarla entre las obras necesarias para la santificación de los días festivos, expresa suficientemente su deseo de que los fieles la oigan con frecuencia.

Epílogo.—Se indican las pruebas y se excita á oír la misa con frecuencia á los ricos para dar buen ejemplo, y á los pobres para que Dios bendiga su trabajo, y se indica, finalmente, el modo de oír la misa con fruto, presentando al efecto los ejemplos del publicano, del Buen Ladrón y del centurión. El primero enseñará el modo de oír la misa, desde que comienza hasta la consagración; el Buen Ladrón, desde la consagración á la comunión, y el centurión, desde esta parte hasta concluir, terminando por encarecer que no miren con indiferencia un acto religioso que tantas ventajas puede proporcionar.

CAPÍTULO IV

DEL SERMÓN

I

Idea general del sermón.

Explicadas ya las especies más humildes, aunque no menos fecundas en efectos de la elocuencia cristiana, llegamos á la que puede con justicia considerarse como remate y corona de todas ellas, á la que está destinada á desplegar en medio del brillo de las más augustas ceremonias los inmensos tesoros de verdades y preceptos que contiene la religión, con esa elocuencia majestuosa, varonil y fecunda que le es propia, con esa solemnidad de lenguaje que corresponde á la solemnidad de sus fiestas. Tal es la especie de elocuencia á que damos el nombre de sermón y que definimos así: «Un discurso sagrado hecho conforme á las reglas de la oratoria.» Especie de elocuencia que por la unidad del argumento, por la gravedad de las sentencias, por la belleza de la forma, por la grandeza y calor de los afectos, se eleva sobre todas las demás; especie, en fin, donde la fe evangélica derrama los torrentes de su luz, donde la moral cristiana se ostenta en toda su majestad, donde más puede brillar el genio del orador, y donde encuentran su propio asiento la espléndida sublimidad de San Agustín y Bossuet, las magníficas pinturas de San Juan Crisóstomo y San Basilio, la triunfante